

## § 36.

La historia se ocupa en seguir el hilo de los acontecimientos: es pragmática cuando deduce los hechos con arreglo al principio de motivación, que es el que rige al fenómeno de la voluntad allí donde ésta se halla acompañada del conocimiento. En los grados inferiores en que la voluntad es inconsciente, desempeña este papel aquella rama de las ciencias naturales denominada *Etiología*, que estudia las leyes de los cambios de sus fenómenos. La parte permanente de estos mismos fenómenos forma el objeto de la *morfología*, que llama en su auxilio á los conceptos para facilitar el estudio de un asunto casi infinito, extrayendo y aproximando los rasgos generales para deducir de ellos lo particular. Por último, las matemáticas tratan de las formas puras, es decir, del espacio y del tiempo, con ayuda de los cuales las Ideas aparecen como fenómenos múltiples á fin de que las pueda conocer el sujeto en cuanto individuo.

Todas estas ramas del conocimiento cuyo conjunto constituye lo que se llama las ciencias, se fundan, por consiguiente, en el principio de razón bajo sus diferentes formas y tienen por tema constante los fenómenos, sus leyes, su encadenamiento y las relaciones que resultan de ellos.

¿Cuál será entonces el modo de conocimiento que investigue esa esencia propia del mundo que es independiente y está fuera de toda relación; esa substancia verdadera de los fenómenos, que no está sometida al cambio y cuyo conocimiento permanece siempre verdadero y siempre el mismo, en una palabra, las *Ideas*, que son la objetivación inmediata de la cosa en sí ó voluntad? Es el *Arte*, es la obra del genio. El arte concibe y reproduce

por medio de la contemplación pura las Ideas eternas, lo que hay de esencial en todos los fenómenos de este mundo; y según la materia de que se sirve para esta reproducción, constituye las artes plásticas, la poesía y la música. Su origen único es el conocimiento de las Ideas; y comunicar este conocimiento su fin único. Mientras las ciencias, obedeciendo á la corriente incesante de las causas y los efectos, bajo sus cuatro formas, se ven obligadas siempre á correr tras un nuevo resultado, sin encontrar jamás el término de su carrera, sin poder dar satisfacción completa, como no se puede, por mucho que se corra, alcanzar aquel punto en que las nubes tocan el horizonte, el arte, por el contrario, llega á su fin en cualquier instante, pues arranca al objeto de su contemplación de la corriente impetuosa que arrastra las cosas de este mundo y le aísla frente á sí. Ese objeto único que en la fuga universal de las cosas no era más que un átomo invisible, se hace á sus ojos la representación del todo, el equivalente de las cosas innumerables situadas en el espacio y en el tiempo. El arte sujeta la rueda del tiempo; las relaciones desaparecen; su objeto es la esencia, la Idea.

Podemos, pues, definir el arte, diciendo que es *la contemplación de las cosas independientemente del principio de razón*, en oposición á aquella otra contemplación que se halla sometida á dicho principio y que es la de la experiencia y la de las ciencias. Esta última puede ser comparada á una línea horizontal que se prolonga hasta lo infinito, aquélla á una perpendicular que cortase á la primera en cualquier punto, á voluntad. La contemplación sometida al principio de razón es la contemplación racional, única que tiene autoridad y que es útil en la vida práctica y en las ciencias; la que hace abstracción de aquel principio es la del genio, única que

tiene autoridad y es útil en el arte. La primera es la de Aristóteles; la segunda, en conjunto, la de Platón. La primera parece un huracán impetuoso que corre sin comienzo ni fin, y que todo lo dobla, lo sacude y lo arrastra consigo; la segunda es el tranquilo rayo de sol que corta la carrera del huracán, sin ser agitado por él. La primera es como las gotas de la catarata que caen con violencia, y que, reemplazadas de continuo por otras no se detienen jamás; la segunda como el arco iris, que se despliega apaciblemente por encima de todo ese tumulto.

El hombre sólo puede percibir las Ideas por medio de esa contemplación pura y embebida completamente en su objeto. La esencia del genio consiste en una aptitud preponderante para esta contemplación, que reclama un olvido completo de la propia persona y de sus relaciones; por consiguiente, el *genio* no es otra cosa que la objetividad más completa ó la dirección objetiva del espíritu, en oposición á la dirección subjetiva encaminada hacia la propia persona, es decir, hacia la voluntad. El genio consiste pues en la facultad de mantenerse en la región de la intuición pura, de absorberse enteramente en ella y de separar el conocimiento de la voluntad, al servicio de la cual está puesto aquél desde su origen. En otros términos, es necesario olvidar el interés propio, el querer, las intenciones; despojarse durante cierto tiempo de toda personalidad, para quedar reducido á *puro sujeto conociente*, espejo límpido del mundo, y esto no por relámpagos instantáneos, sino durante tanto tiempo y con tanta reflexión como se necesita para reproducir la concepción que se forme por medio de los recursos bien meditados del arte, y como dijo el poeta (1) para «fijar en pen-

(1) Goethe.

samientos eternos los fenómenos mudables que se balancean delante de los ojos.»

Diríase que para que el genio se revele en el individuo, debe poseer éste una fuerza intelectual superior con mucho á la que exige el servicio de la voluntad individual, y que este excedente que permanece libre y sin empleo es lo que viene entonces á constituir el sujeto emancipado de la voluntad, el claro espejo de la naturaleza del mundo. Esto explica la vivacidad y hasta la agitación que se observa en los hombres de genio; es que de ordinario no les basta el presente, porque no llena su conciencia. De ahí esa actividad sin tregua, esa necesidad incesante de buscar objetos nuevos y más dignos de observación. De ahí también ese deseo, rara vez satisfecho, de encontrar seres parecidos, seres que estén á su altura, con los cuales pueda el genio desahogarse; mientras que por el contrario, el hombre vulgar, lleno del presente, se contenta con él y á él se entrega sin reserva y encontrándose en todas partes rodeado por seres que le son semejantes, experimenta en la vida ordinaria esa sensación especial de bienestar negada al genio.

Se ha querido ver en la imaginación un elemento esencial del genio, y esto es exacto; pero á veces han sido identificadas erróneamente ambas cosas. Como los objetos sobre los cuales ejerce su acción el genio son las Ideas eternas, las formas duraderas y esenciales del mundo y de todos sus fenómenos, y como el conocimiento de las Ideas es necesariamente intuitivo y no abstracto, resulta que el conocimiento propio del genio estaría limitado á las Ideas de los objetos realmente presentes á su vista y dependería del encadenamiento de las circunstancias que traen aquellos objetos, si la imaginación no ensanchase su horizonte hasta mucho más allá de la realidad de la experiencia personal y no le

permitiese, con lo poco que llega á su aperccepción efectiva, construir todo lo demás y hacer desfilan ante sus ojos casi todas las imágenes posibles de la vida.

Además, los objetos reales no son la mayor parte de las veces más que ejemplares muy defectuosos de la Idea que representan, y el genio necesita de la imaginación para percibir en las cosas, no lo que la Naturaleza ha producido, sino lo que se ha esforzado en producir en ellas y no ha podido realizar á causa de ese conflicto entre sus formas, de que en el libro anterior se ha hablado. Volveremos más adelante sobre este asunto al tratar de la escultura. La imaginación agranda, por consiguiente, el campo visual del genio y le extiende más allá de los objetos que le rodean, tanto en la relación de cantidad como en la de calidad. Por esto un extraordinario poder de imaginación suele ser el compañero y la condición obligada del genio. Pero en sí mismo no es una prueba de genio, y puede hallarse en personas de inteligencia común, pues así como se puede considerar un objeto de dos maneras opuestas, á saber: desde el punto de vista puramente objetivo—el del genio, que se apodera de la Idea,—ó del modo ordinario, según el principio de razón, y desde el punto de vista de sus relaciones con otros objetos y con la propia voluntad; asimismo un fantasma de la imaginación puede ser considerado bajo estos dos aspectos; bajo el primero será un medio de llegar al conocimiento de la Idea, cuya expresión es la obra de arte; bajo el segundo aspecto servirá para forjarse quimeras que halagan el egoísmo ó el capricho, ilusionando momentáneamente ó divirtiendo; mas en este segundo caso el espíritu no percibe más que las relaciones de los fantasmas combinados por la imaginación. El hombre que se divierte con semejantes juegos es lo que se llama un soñador, y fácilmente llegará á

confundir con la realidad las imágenes con las cuales se entretiene á sus solas, haciéndose inhábil para la vida real, ó bien pondrá por escrito los vanos ensueños de su fantasía, que es lo que produce esas novelas tan comunes en todos los géneros, que divierten á los que se parecen al autor, y áun á la masa del público, pues el lector se pone en el lugar del protagonista y encuentra muy agradable el papel ficticio que se atribuye.

El hombre vulgar, ese producto de fabricación al por mayor de la Naturaleza, que le crea por millares todos los días, es, como hemos dicho, incapaz (al menos de una manera constante) de una aperccepción completamente desinteresada bajo todos conceptos, de aquella, en fin, que constituye la contemplación verdadera. No puede dirigir su atención hacia las cosas más que en cuanto tienen alguna relación, aunque sea muy indirecta, con su voluntad. Como desde este punto de vista, que no exige más que el conocimiento de las relaciones, la noción abstracta de la cosa es suficiente y hasta preferible en la mayoría de los casos, el hombre vulgar no se detiene en la mera intuición, no fija durante mucho tiempo sus miradas sobre un objeto, sino que busca con rapidez el concepto en que podría incluir todo aquello que á él se ofrece, como el perezoso busca una silla, después de lo cual no vuelve á preocuparse con ello.

De ahí que cese de contemplar en seguida cualquier cosa que se le presente: una creación artística, una hermosa obra de la Naturaleza, el aspecto, de importancia tan eminente, de todas las escenas de la vida. En nada se detiene, busca su camino al través de la vida, ó á lo sumo, el que podrá ser un día su camino y recoge noticias topográficas en la acepción más amplia de la palabra. En cuanto á la contemplación de la vida misma, no pierde su tiempo en ella.

Por el contrario, el hombre de genio, cuya facultad de conocimiento se separa por algún tiempo y en virtud de su preponderancia, del servicio de la voluntad, se detiene en la contemplación de la vida misma y procura percibir la Idea de cada cosa, y no tan sólo sus relaciones con los demás objetos. Con esta preocupación, descuida muchas veces el atender á su propio camino en la vida, de donde con frecuencia resulta que marcha con paso torpe. Mientras que para el hombre vulgar el conocimiento es la linterna que alumbrá su camino, para el genio es el sol que ilumina el mundo y se lo descubre. Estas dos maneras tan diferentes de considerar la vida no tardan en manifestarse en el aspecto exterior. La mirada del hombre en quien reside y se agita el genio, permite fácilmente distinguírle, pues viva y firme á la vez, lleva el sello de la contemplación, como podemos verlo en los retratos de los raros genios que la Naturaleza ha producido de vez en cuando entre innumerables millones de seres humanos; por el contrario, en los ojos de los demás, cuando no aparecen, como sucede con frecuencia, sin expresión ó indiferentes, se descubre con facilidad lo opuesto á la mirada contemplativa; á saber, la mirada que espía curiosamente en torno suyo. Según esto, la expresión genial de una cabeza consistirá en que revele una preponderancia marcada del conocimiento sobre la voluntad, y por consiguiente, que lleve el sello de un conocimiento desligado por completo del querer; es decir, de un conocimiento puro. Al revés, en las cabezas vulgares predomina la expresión de la voluntad y se advierte que el conocimiento no funciona en ellas más que á impulsos de esa misma voluntad y guiado por motivos.

Puesto que el conocimiento propio del genio, ó conocimiento de las Ideas, no obedece al principio de razón,

y puesto que aquel otro conocimiento que le obedece da la prudencia y la sabiduría práctica y crea las ciencias, resultará de ahí que los hombres de genio tendrán los defectos que lleva consigo el olvido de la segunda especie de conocimiento. Debo hacer, sin embargo, una restricción; que cuanto voy á decir sobre este punto, sólo les concierne mientras están embebidos efectivamente en el conocimiento propio del genio, lo cual no sucede en todos los momentos de su vida, pues la tensión extremada, aunque espontánea, del espíritu que requiere la concepción de las Ideas fuera de la voluntad, se afloja forzosamente durante largos intervalos, en los cuales la condición del genio es, sobre poco más ó menos, la misma de los demás hombres, con sus ventajas y sus deficiencias. Por esto se ha considerado siempre el trabajo del genio como una inspiración, y hasta, cual su nombre lo indica, como la actividad de un ser sobrehumano, distinto del individuo y que sólo se posesiona de él algunas veces.

La repugnancia de los genios á fijar su atención sobre el contenido del principio de razón, se manifiesta primeramente, respecto del principio del ser, en la aversión á las matemáticas. Las investigaciones de estas ciencias versan sobre las formas más generales del fenómeno, sobre el tiempo y el espacio, que no son más que modos del principio de razón; tales investigaciones son precisamente lo contrario de aquella consideración que no examina más que la substancia del fenómeno, la Idea que en él se manifiesta, con abstracción de todas sus relaciones. Además, lo que en las matemáticas repugna al genio es ese método lógico, que no puede satisfacerle, pues estorba toda concepción propiamente intuitiva. Compónese dicho método de una serie de conclusiones basadas sobre el principio de conocimiento, y

las más de las veces, de todas las facultades intelectuales, sólo utiliza la memoria, á fin de que estén siempre presentes en el espíritu todas las proposiciones precedentes en que se apoya las posteriores.

La experiencia ha comprobado, en efecto, que los grandes artistas carecen de aptitud para las matemáticas: todavía no ha existido hombre alguno que se distinga en ambas esferas á la vez. Alfieri cuenta que jamás pudo comprender ni siquiera la cuarta proposición de Euclides. Se ha reprochado mucho á Goethe por los inepetos adversarios de su teoría de los colores, el no conocer las matemáticas; pero el reproche era injusto é impertinente; pues en este caso no se trataba de calcular ni de medir siguiendo una hipótesis dada, sino de percibir directamente una causa y un efecto por intuición de la inteligencia. Por eso aquellas críticas no prueban otra cosa que la falta de buen juicio de sus autores, de igual manera que las demás necedades que se han dicho acerca de esta cuestión. Llegará un momento, en que se consignará, entre los grandes rasgos característicos de la inteligencia de la humanidad en general y de la raza germánica en particular, el hecho de que hoy todavía, cerca de medio siglo después de la aparición de la teoría de los colores de Goethe, continúen dominando en la enseñanza (en la misma Alemania) las pataratas de Newton y se siga hablando seriamente de los siete colores homogéneos y de su diferente refrangibilidad.

Por la misma razón se explica el hecho, no menos conocido, de que los grandes matemáticos tienen poca aptitud para apreciar las producciones de las Bellas Artes: esta predisposición está expresada francamente en la conocida anécdota de aquel matemático francés, que después de la lectura de la *Ifigenia* de Racine, preguntaba encogiéndose de hombros: «Y todo esto, ¿qué prueba?»

Como lo que constituye propiamente la prudencia es también la comprensión exacta de las relaciones basadas sobre la ley de causalidad y sobre los motivos, y como el conocimiento del genio no se ocupa en estas relaciones, resulta que el prudente, mientras lo es, no será genial, y que el genio, mientras es genial no será prudente. En fin, el conocimiento intuitivo en general, que comprende la Idea, es directamente opuesto al conocimiento reflexivo ó abstracto, dirigido por el principio de la razón de conocimiento. Por esto es raro que se encuentre mucho genio unido á mucha razón: al contrario, un espíritu genial está sometido muchas veces á afecciones violentas y á pasiones poco razonables.

Con todo, la causa no es la debilidad de la razón, sino en parte, la insólita energía de todo el fenómeno de la voluntad que constituye el hombre de genio, y que se traduce en la vehemencia de sus actos voluntarios, y en parte, el predominio del conocimiento por intuición sensible é intelectual sobre el conocimiento abstracto, de donde nace una tendencia resuelta hacia lo intuitivo, cuya influencia es tan fuerte que deja enteramente en la sombra á las pálidas nociones, y como la conducta no es dirigida por éstas sino por la intuición, deja de ser razonable por ese mismo hecho: la influencia de lo presente se hace omnipotente y conduce á la irreflexión, al arrebató y á las pasiones. Por eso, y también porque, en general, su conocimiento se ha separado en parte del servicio de la voluntad, estos hombres atienden menos en la conversación á la persona á quien se dirigen que á la cosa de que hablan, la cual preocupa vivamente su espíritu. Desde el punto de vista de sus intereses, suelen ser demasiado objetivos en sus juicios y no guardan silencio sobre lo que conviene callar, etc. Por último, son dados al monólogo y pueden mostrar debilidades raya-

nas con la locura. Muchas veces se ha hecho esta observación, de que el genio y la locura tienen un lado común en que se tocan y se confunden; hasta se ha dicho de la inspiración poética que era una especie de locura. Horacio (Oda III-4) la llama *amabilis insania*; y Wieland, en la introducción de Oberón, amable locura. El mismo Aristóteles, según Séneca (*De tranq. anim.* 15, 16) dijo: *Nullum magnum ingenium sine mixtura demenciae fuit.* Platón, en el mito de la caverna oscura que hemos citado, en el § 31, expresa la misma opinión en estos términos: «Los que han visto fuera de la caverna la verdadera luz del sol y los objetos realmente existentes, cuando vuelven al interior de aquélla, no pueden distinguir nada y son incapaces de reconocer las sombras, pues sus ojos han perdido el hábito de la obscuridad; entonces los otros que jamás se han alejado de la caverna ni de las sombras, se burlan de ellos á causa de sus equivocaciones.» En el *Fedro* (p. 317) dice categóricamente «que no puede existir verdadero poeta sin algo de locura;» y luego añade (p. 327) «que el que vislumbra las Ideas en las cosas pasajeras tiene el aire de un loco.» Cicerón (*de divin.* I, 37) dice: «*Negat enim, sine furore, Democritus, quemquam poetam magnum esse posse; quod idem dicit Plato.*» Pope ha dicho también: «Una gran inteligencia tiene parentesco próximo con la locura; es muy corta la distancia que las separa.»

Especialmente el *Torquato Tasso*, de Goethe, nos presenta un cuadro muy instructivo en este punto, puesto que no sólo nos muestra los dolores y el martirio del genio, sino que nos hace ver también cómo cae á cada instante en la locura. En fin, este próximo parentesco entre el genio y la locura está comprobado igualmente por las biografías de algunos genios, como Rousseau, Byron, Alfieri, y por anécdotas de la vida de otros, á lo

cual debo añadir por mi parte que he visitado muchos manicomios y he encontrado en ellos algunos hombres dotados sin duda alguna de elevadas facultades; el genio se traslucía visiblemente á través de la locura, mas ésta había quedado dueña del campo. Tales hechos no pueden ser efecto del azar, pues por una parte, el número de los locos es relativamente muy reducido; y por otra, el genio es un fenómeno raro sobre toda ponderación, la mayor de las excepciones en las obras de la Naturaleza, de lo cual podemos convencernos con sólo contar los grandes genios verdaderos que han nacido en la Europa civilizada en los tiempos antiguos y modernos (entre los cuales no deben incluirse más que aquellos que produjeron obras que han conservado á través de todos los tiempos su importancia para la humanidad) y comparar enseguida su número con los 250 millones de hombres que pueblan Europa y que se renuevan cada treinta años.

Debo añadir también que he conocido personas dotadas de una superioridad intelectual, si no suprema, al menos muy marcada, y que al propio tiempo presentaban algunos signos de locura. A juzgar por lo expuesto, parece que toda exageración de la inteligencia, que exceda de la medida ordinaria, es una anomalía que predispone á la locura. Con todo, he de consignar aquí, sumariamente, mi opinión sobre la causa intelectual de ese parentesco entre el genio y la locura, pues esta discusión contribuirá á aclarar la naturaleza propia del genio; es decir, de aquella facultad del espíritu que da aptitud para crear verdaderas obras de arte. Pero esto requiere previamente un breve estudio acerca de la enajenación mental.

No se ha llegado todavía, que yo sepa, á un conocimiento claro y completo de la naturaleza de la locura, ni